

SERMON.

LÉJOS DE ABANDONARNOS

EL SEÑOR,

NOS LLAMA POR SUS MINISTROS.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA
DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Multi leprosi erant in Israël sub Eliseo propheta; et nemo eorum mundatus est nisi Naaman syrus.

Muchos leprosos habia en Israel en tiempo del profeta Eliseo; mas ninguno de ellos fué limpiado sino Naaman de Siria.

S. Lucas, c. 4. v. 27.

Ya se acerca, cristianos, el tiempo tan suspirado en que se os concede á todos la paz, el descanso, la tranquilidad y la corona. Ya se aproximan los días de propiciacion en que va á mitigarse la ira de Dios contra los pecadores, á borrarse el espantoso decreto de condenacion firmado contra ellos por las injurias é ingratitud con que han correspondido á los favores de la Providencia. Venid todos los que suspiráis por la felicidad verdadera, todos los que tenéis hambre de la divina gracia, todos los leprosos, venid; no creáis que se os cierran las puertas como á las viudas de Israel durante los tres años y seis meses que estuvo cerrado para ellas el cielo; no temáis continuar mas tiempo atormentados de la lepra; á todos se os ofrece con la

(1) Para este mismo dia hay un sermón de Massillon en la pág. 319 del tomo cuarto de los de *Mision*, sobre el corto número de los escogidos.

mayor abundancia, como á la viuda de Sidonia, todos vais á ser curados de la lepra de la culpa como el sirio Naaman. Venid, que abierta tenéis una fuente copiosa é inagotable de gracias, de bendiciones y de gloria. Llegad confiados á beber de sus clarísimas aguas, pues á nadie se niegan, á nadie se escasean, á todos sin excepcion alguna se les franquean sus copiosos raudales. Venid, mortales, todos los que os halléis agitados de tentaciones, de temores, de inquietudes, de remordimientos, de desconfianzas; todos los que os sintáis oprimidos del peso de los crímenes mas enormes y arraigados, aunque gravite sobre vosotros esa terrible responsabilidad; cuantos gemís agobiados bajo el yugo formidable de Satanas, venid sin recelo alguno, y con una plena confianza: llegado es el tiempo en que recibáis el alivio, la tranquilidad, el consuelo; el venturoso dia en que vais á volver al amor y gracia de vuestro Dios y al derecho de su gloria.

Venid: á nombre del Señor os llamo á que cojáis el copioso fruto de la redencion que con tanta generosidad os ofrece: inminente es el peligro á que os exponéis en el caso de no aceptar sin réplica ni demora alguna el convite que os hace este Redentor benignísimo. Bienaventurados los que como la viuda de Sidonia y Naaman respondan con una pronta docilidad á las voces con que Dios se digna llamarlos por mis labios! Mas; infelices de aquellos que con excusas y pretextos nacidos de su afecto á las criaturas se hagan sordos, ó difieran para mas adelante el cumplimiento de las amorosas voces del Criador! Ay, ay de ellos! No solo por tres años, sino por toda una eternidad, se les cerrarán las puertas de la misericordia: jamas se verán limpios de su lepra; perecerán desgraciadamente por su insensatez.

En vuestra mano está, Señor, el corazón del hombre. Sé que la gloria ha de ser el galardón de sus méritos, y que para que pueda merecerla, le habéis concedido la libertad; pero sé del mismo modo, que sin ofender en lo mas mínimo á esa libertad, podéis atraerle suavemente, aunque con toda seguridad, á vuestra gracia. No sea yo, Señor, como el profeta Eliseo, que solo consiga la curacion de uno de tantos leprosos como hay en Israel; sea así como Moisés, que fué conducido por vuestra providencia á sacar de la esclavitud de Faraon á todos los israelitas. A fin de que los pecadores que me escuchan, puedan sa-

lir de la esclavitud de Satanás, sugerídmel las expresiones de que debo valerme, como os lo suplican fervorosamente por la intercesion de vuestra Madre amantísima. *Ave María.*

Desde el momento feliz para el cristiano, en que por una prueba de su amor determinó el Unigénito del eterno Padre colocar en nuestros tabernáculos su adorable majestad, oculta bajo el velo de las especies sacramentales, jamas ha cesado de llamarnos á todos para el cielo, ofreciéndonos el inmenso cúmulo de bienes que forma la bienaventuranza verdadera. Mas en ningun tiempo lo hace con tan repetidas y amorosas instancias como en el presente. Semejante al padre de familias, que desea celebrar con demostraciones de un júbilo extraordinario la colocacion de su hijo predilecto, á cuyo fin expende cuantiosas sumas, practica exquisitas diligencias, y tal vez prodiga su patrimonio y arruina su casa por preparar un convite espléndido, un festin magnífico; olvida los resentimientos é injurias que ha recibido de sus parientes, de sus deudos, de sus amigos y conocidos, y desea con ansia que todos le acompañen á aquella ceremonia; así el Señor, habiendo empleado su poder, su justicia, su sabiduría y su misericordia; habiendo deprimido su honra, su grandeza, su majestad; y estando ya para agotar sus fuerzas, apurar el cáliz de la pasion, derramar su sangre y consumir el sacrificio de su inocente vida, por proporcionar la conversion de las almas, hijas predilectas de su amor, haciendo subir hasta el mas elevado grado su ternura y benignidad; nos llama con el afecto mas expresivo, hace los mayores esfuerzos por atraernos, ofrece dar al olvido todos sus agravios é injurias. Á todos sin excepcion nos llama, y como si temiera que su presencia adorable pudiera intimidarnos, excita el celo de sus ministros, para que nos exhorten; valiéndose de todos los medios posibles para hacernos corresponder á estos llamamientos. Vosotros sois buenos testigos de la exactitud, del esmero, de la eficacia, con que estos ministros han procurado desempeñar su comision. Ojalá que acertara yo á imitarlos! No hay medio de que no se hayan valido para persuadiros, para moveros, para vencer la obstinada resistencia de vuestro corazon. ¡Con qué viveza os han representado los peligros que amenazan al pecador, y la felicidad con que ha de ser remunerada

la virtud! ¡Con qué energia os han exhortado á caminar por la senda de la justicia y á detestar al abominable monstruo del vicio! ¡Cuán claramente os han hecho ver la futilidad de los placeres y bienes del mundo, y la solidez inalterable de los del cielo! ¡Con qué dulce suavidad se han insinuado en lo mas íntimo de vuestros corazones! Os han puesto á la vista el verdadero estado de vuestras almas, venciendo la repugnancia que teniais á considerarlo; han arrancado con una dulce violencia las raíces de los vicios, y arrojado en el lugar que estos ocupaban, las semillas de las virtudes; han preparado en vuestras almas la morada, el templo, el solio para el Espíritu santo, á fin de que salgáis á recibirle, pues ya se aproxima; para que le abráis las puertas de vuestro corazon, á cuyos umbrales se halla cargado de los inmensos tesoros de su amor, de su gracia y de su gloria; mas vosotros todo lo habéis despreciado. Hoy me envía á mí, para que os haga conocer los peligros á que os exponéis continuando en vuestra insensatez; me manda anunciaros aquella hambre cruel, aquella esterilidad horrorosa, con que por mas de tres años castigó á su pueblo en tiempo de su profeta; me envía para que os recuerde los pocos leprosos que fueron sanados en tiempo de Eliseo; me envía...

Pero no digo bien: yo no soy hoy nuncio de terror; yo vengo á llamaros por medios suaves; vengo á excitaros á que abráis sin dilacion alguna las puertas de vuestra alma, y deis entrada á la dicha que os prometo. Corred presurosos á arrojaros en los brazos de ese afectuosísimo padre que os busca, os ama, no se desdeña de estrecharos junto á su seno, aunque os ve cubiertos de miseria, de ignominia, de hediondez y de pecados. Desdeñarse! *Aunque la mas tierna madre pudiera aborrecer, abandonar, olvidar al hijo amado que se engendró en sus entrañas, yo, dice el Señor por su profeta (1), no soy capaz de olvidarme de vosotros.* Verdad es que no puede mirar sin horror al pecado y al alma pecadora; pero no lo es ménos que tiene tomadas todas las medidas para limpiar esa lepra inmundada, purificar, hermosear vuestras almas, darles ese alimento que tanto necesitan, para ponerse en disposicion de ser admitidas á su compañía, á su mesa, á su amor, á la participacion de sus tesoros.

En todos sus templos están preparados los saludables baños

(1) *Isai. c. 49. v. 15.*

de la penitencia; y sus ministros esperan ansiosos que os acerquéis, para cooperar del modo que les es permitido, á vuestra salud y felicidad: en todos tenéis dispuesta la mesa; y los ungidos del Señor esperando impacientes vuestra llegada, para servirlos el pan de los ángeles, el maná de los cielos, el alimento de la inmortalidad. Elevád vuestra vista á ese glorioso tabernáculo, y veréis como el Hijo del Eterno ha depositado en él su majestad y su gloria, su vida y su divinidad; veréis como bajo el mas comun alimento del hombre, y oculto en las especies de pan y vino, os ofrece su cuerpo y sangre. Época feliz! venturosos dias para el hombre! dias del amor, de la misericordia, de la bondad incomprensible de todo un Dios! Mirád y veréis en él preparada la víctima que ha de satisfacer á la justicia, aplacar la ira y apagar el fuego de la divina indignacion; veréis la sangre de un precio infinito, próxima á ser derramada y ofrecida por los pecados de los hombres.

Venid, venid todos llenos de confianza. Los pecados juntos de todo el género humano, y aún los de los espíritus infernales, no equivalen á una sola gota de esa sangre preciosísima. No os acobarde el número ni la gravedad de vuestras culpas: detestádlas de corazon, y estad ciertos de que todas serán perdonadas. Una sola gota de esa sangre divina basta para borrar y perdonar todos los pecados que hayáis cometido, é innumerables mas que se pudieran cometer; y esa sangre omnipotente va á correr por todas partes en la mayor abundancia, para aplicarse sin la menor excepcion á todos y cada uno de los que quieran lavarse en ella. Ese Dios de amor, compadecido de nuestra miseria, á todos nos convida, para que aprovechemos esta ocasion favorable, cogiendo el copioso fruto de la redencion que nos ofrece. Imitadora la Iglesia de la compasiva generosidad de su divino fundador, abre, ensancha las puertas del perdon, y nos exhorta á que clamemos confiados: oíd, Señor, nuestra oracion, y no despreciéis nuestras súplicas; olvidad nuestras iniquidades y enviad con anticipacion vuestras misericordias, porque hemos quedado extremadamente pobres, reducidos al estado mas lamentable por nuestros pecados.

Á nombre de Jesucristo y de su Iglesia convidamos sus ministros con el perdon, con la gracia y con la gloria á los pobres y á los ricos, á los enfermos y á los sanos, á los mendigos, cojos, mancos y tullidos, á todos los pecadores. Qué dignacion!

qué amor tan grande de nuestro Dios! El mas poderoso, el mas grande, el mas excelso, el Rey soberano de todos los reyes ofrece su palacio, su mesa, su mas fina amistad, todo su honor, sus tesoros, su inefable grandeza á los vasallos mas indignos de sus bondades, y derrama con la mayor profusion á las puertas de su real palacio vestidos preciosísimos, joyas de un precio inestimable, riquezas inmensas á los mas infelices y miserables, á los mendigos pordioseros, á las criaturas mas ingratas; á todos asegura, confiere la sanidad, la robustez, el perdon, los placeres, el derecho á una bienaventurada inmortalidad. Aquel Dios grande, cuya inexorable justicia dejó perecer de hambre en otro tiempo á las viudas de Israel, y de la enfermedad de la lepra á casi todo su pueblo, por falta de médicos y medicinas, nos ofrece hoy á todos los mas preciosos dones de su gracia. Y ¿será posible que haya un solo pecador que desprecie, que no acepte al momento una oferta semejante? Yo no puedo creerlo así: no puedo dudar que vuestra fe, vuestra esperanza y el sincero deseo que tenéis de asegurar una suerte feliz para la vida que no se ha de acabar, os conducen al templo á percibir las amorosas voces de Dios, que os llama para el cielo; á gustar el alimento saludable de la doctrina celestial; á discurrir el medio mas eficaz de libraros del pecado, y volver á la vida dichosa de la gracia, romper las cadenas del demonio, y recobrar el honor de hijos adoptivos y tiernamente amados de Dios; evitar la ruína y condenacion de vuestras almas, y emprender el camino recto y seguro de la salvacion y de la gloria. Este objeto supongo que os conduce á este lugar, porque es precisamente lo que os ofrece el Unigénito de Dios que se sacrifica por vosotros.

La ocasion es la mas favorable: tendréis la imprudencia de dejarla pasar? El asunto, cristianos, es demasiado serio: en esta precisa circunstancia se ha de conocer si tenéis Religion, si tenéis Fe, si usáis de vuestra razon. Nadie se fia de las palabras en cosas de tanta importancia: las obras han de dar testimonio de vuestros sentimientos. Para todos se abren las nubes del cielo, es decir, las puertas de la gloria. Cuantos obstáculos pudieran impedir vuestra entrada en aquel reino bienaventurado, se superan, desaparecen solo con que vosotros queráis. Ó recoged esos dones que el cielo os envía, ó permitidme que os llame insensatos, puesto que queréis dejaros morir de hambre: ó

entrád al momento, ó confesád que habéis perdido el juicio, que os ciegan las nubes de la incredulidad, que os resistís á creer la existencia de otra vida, ó que positivamente queréis que la vuestra sea por siempre desgraciada; ó ponéos de parte de la viuda de Sarepta, ó confesád que queréis ser contados en el número de las otras viudas. Halláis vosotros algun medio? Mañana, me diréis; dentro de algunos años; en la vejez; á la hora de la muerte...

No es tiempo ahora de repetir lo que tantas veces y con tanta claridad y elocuencia se os ha dicho por otros celosos ministros del Evangelio, para desvanecer esos fútiles pretextos, con que os empeñáis en excusar vuestra impenitencia. No, no saldré del asunto que me he propuesto; no necesito salir para convenceros, si vosotros no oponéis una imprudente resistencia. Ahora se os ofrece de pura gracia, sin mérito alguno de vuestra parte, y á pesar de las voces con que clama contra vosotros una rigurosa justicia, el perdón, la gracia, la amistad, la union con Dios y el derecho á la bienaventuranza; pero se ofrecen por un Dios, que no tiene contraída con vosotros obligacion alguna; por un Dios, ofendido atrozmente y animado de la mas justa indignacion contra sus viles ofensores; por un Dios, infinitamente celoso de su honra, que sabe privar por muchos años del pasto espiritual á los que le desprecian, y negarles, cuando lo pidan, las gracias que anteriormente despreciaron; por un Dios, cuyas misericordias no están en mano del hombre. Quiero suponer que lleguéis al tiempo, que sin el mas leve fundamento os prometéis; pero ¿aprovecharéis entónces la gracia que despreciáis ahora? Y aunque así fuera, ¿por qué (sed ingenuos), por qué entónces sí y ahora no? Porque ahora que tenéis proporcion y tiempo, queréis gozar del mundo, satisfacer vuestras pasiones, servir al demonio y vivir en el pecado; y entónces, que os abandona el mundo y las pasiones se amortiguan desapareciendo sus objetos, entónces no pecaréis, porque os será imposible pecar. Dad el colorido que gustéis á vuestras excusas, este es el verdadero motivo de diferir la penitencia; no hay otro. Y una conversion hecha con tales disposiciones, será verdadera? será capaz de restableceros en el amor y gracia del Señor? merecerá el nombre de penitencia?

Ay, amados hermanos míos! ah pecadores ciegos é insensatos! Volvéd sobre vosotros mismos; no os alucinéis tan grose-

ramente. Yo pregunté mal, cuando dije, si aprovechariais entónces la gracia que despreciáis ahora: debí preguntar, ¿tendréis entónces la proporcion, la gracia, los medios de toda especie, que tan generosamente se os ofrecen ahora, y de los que hacéis un desprecio tan abominable como funesto? Ah!... nadie se ha burlado impunemente de Dios: justo es este Señor en sus obras, y sus palabras son infalibles. Él nos asegura que despreciará las oraciones, se burlará de las lágrimas, volverá severo sus ojos y dejará morir sin remedio en su pecado á todos aquellos que desprecien el beneficio de la vocacion, que en tiempo oportuno se les ofrece. Llamados fueron á la gloria á que sois llamados ahora vosotros, todos los leprosos de Israel en tiempo de Eliseo, y solo Naaman fué curado de su lepra. Verdad terrible que nos recuerda aquella otra que repite Jesucristo en su Evangelio, y que yo quisiera dejar profundamente grabada en vuestros corazones: *muchos son los llamados y pocos los escogidos: ninguno de los que habiendo sido llamados, rehusaron el convite, gustará jamas las delicias de mi mesa y de mi gloria* (1).

Es indudable que la providencia de Dios dispone comunmente, que nuestra dicha dependa de aquel momento crítico en que se nos ofrece: si dejamos que pase inútilmente, perecemos sin remedio. No niego que Dios tiene prometido al pecador el perdón de sus culpas en cualquier tiempo en que arrepentido se lo pida; y que ha empeñado su palabra de no negar al hombre cuanto le pida para beneficio de su alma: esto es ciertísimo. Mas ¿podrá vivir vanamente confiado en estas promesas el pecador, el imprudente pecador que no ha querido admitir el perdón ofrecido á su debido tiempo, que ha resistido á las inspiraciones de la gracia, que ha repelido los llamamientos de Dios, que ha dejado pasar el momento, la ocasion, destinados por la Providencia para ejercer en él sus infinitas misericordias? Ay! no es mi ánimo induciros al horrible precipicio de la desesperacion; quiero solo cumplir mis deberes, advirtiendo á todos los pecadores su peligro, para que traten de evitarlo. Por el amor de Jesucristo os ruego, que no fieis de meras exterioridades: solo de uno sabemos con certeza que, convertido á la hora crítica de la muerte, haya conseguido el perdón de sus ex-

(1) *Luc. c. 14. v. 24.*

travíos; y aunque esto basta, como dice el grande san Basilio, para que ninguno de los pecadores desespere, mas es preciso recordar que ha sido uno solo, continúa este Padre; y esta razon es muy poderosa para no fomentar una funesta confianza. Ha sido uno solo; y este singular prodigio se obró precisamente en el tiempo, en que con asombro del cielo y de la tierra se hacia presa de la muerte el Autor soberano de la vida. Ha sido uno solo; mas no sabemos que ántes le hubiera convidado Dios con el perdon y él lo hubiera despreciado. ¿En qué fundarán pues su confianza los que lo han despreciado tantas veces y con tanto descaro? ¿Será tal vez en la experiencia, que les manifiesta á otros tales como ellos, que en la vejez, en la enfermedad, á la hora de la muerte son asistidos de la gracia, claman por el perdon, detestan su pecado, y á pesar del continuado desarreglo de sus costumbres, nos dejan llenos de consuelo, haciéndonos creer que mueren en la paz del Señor y son admitidos á la participacion de su gloria? Consuelo miserable! ¡cuántas veces en el discurso de su vida se han cubierto esos mismos con la máscara, y han fingido con perfeccion el oficio de penitentes! Y ¿quién nos asegura que no fingen del mismo modo en aquel apuro? que sus lágrimas no son hipócritas? que su dolor no es puramente natural? que sus oraciones no van dictadas por el amor propio? Consultád la experiencia, si consiguen librarse de aquel peligro. Recordád entre tanto que otros muchos pidieron el perdon que ántes habian despreciado, y no lo alcanzaron, perecieron, se condenaron, por no haberlo aceptado, cuando se les ofreció. ¿Qué espera el adúltero, el incestuoso, el sensual, el pecador, que llamados una y muchas veces, se hacen sordos, vuelven la espalda, se detienen meses, años, toda la vida, y se ocupan en nuevos pecados, en nuevas ofensas, en mayores ultrajes del Señor? Qué esperan...? Ay! ay, miserables! en qué fundan sus esperanzas?

Soy demasiado molesto: concluyo. ¡Bienaventurados los que reciben el alimento espiritual sin dilacion, sin demora alguna! ¡Felices los que tratan de limpiarse de la lepra del pecado en el momento en que les predicán los profetas! ¡Mil veces felices vosotros pues todos sois al presente convidados! no solo á Naaman, á todos os llama el Señor por mi boca; á todas las viudas de Israel se abren las nubes del cielo y de la misericordia. Pero sabéd que van luego á cerrarse: la ocasion es la mas favora-

ble, y no volverá, si se pierde. Decidíos, si sois cristianos, si conserváis aún algo de racionales.

Dad, Señor, á estos pecadores unas voces tan fuertes como las que disteis al difunto Lázaro; sacádos por vuestro amor del fétido sepulcro de los vicios: llenádos de fortaleza para que emprendan el camino de la conversion; rociád sus almas con la sangre que vais á derramar por ellos. Por esa misma sangre, por ese amor no permitáis que perezca uno solo de los cristianos, y en especial de los que han venido á buscaros á este santo templo; al contrario, hacéd que todos entren en la mansion celestial, donde justamente agradecidos cantemos vuestras misericordias por una eternidad. Amen.